

HACIA UNA VERDADERA CELEBRACIÓN DE LA MISA

La messe ... demain, une vraie célébration dans la vie des gens? Paroisse et Liturgie, 5 (1965) 511-526.

¿Qué significa celebrar?

Hemos de quitar a la palabra celebración toda idea de ceremonia jurídica. La celebración es una convivencia, una aportación en común de diversas experiencias de vida. Los hombres celebramos una fiesta después de haber vivido una experiencia importante con otra persona y haber descubierto su intimidad. El celebrante de una asamblea dominical es el encargado de establecer esta convivencia entre todos los cristianos reunidos en la iglesia alrededor de la Eucaristía. No basta, pues, la participación en el diálogo y en el canto. Sólo existe una verdadera celebración a partir del momento en que los fieles reunidos hayan tomado conciencia de la identidad de su experiencia de vida. . Para ello, la comunidad necesita una preparación, un conocimiento mutuo entre los fieles y el sacerdote. Los primeros cristianos contaban con esa preparación durante la comida previa a la celebración eucarística.

Pero resulta imposible este conocimiento mutuo, si los asistentes no provienen de comunidades o grupos anteriores a la comunidad eucarística (barrio, grupos apostólicos, equipos, etc ...). Por su parte también el celebrante ha de haber tomado parte activa en estas comunidades-célula para despertar esta convivencia entre los fieles. La comunidad humana debe preceder a la comunidad eucarística. Sólo una seria pastoral pre-litúrgica logrará solucionar el problema de una liturgia muerta para quienes participan en ella sin haberse integrado antes en una verdadera comunidad humana, y el problema del sacerdote que debe aunar las experiencias vitales de los fieles sin haber participado en su vida.

¿Cómo iniciar una celebración?

Una buena pastoral litúrgica debe despertar la fe de los asistentes, constituirlos, ayudarla a expresarse. He aquí el objetivo de los ritos de entrada. No se trata de unos minutos sin importancia. La historia de la liturgia nos demuestra la preocupación de la Iglesia por establecer un tiempo de transición entre la vida de la calle y la vida de la asamblea litúrgica.

El canto de entrada no ha sido nunca un canto para animar la llegada de los fieles a la iglesia, sino un canto para acompañar la procesión de entrada del celebrante, expresando así la alegría de los asistentes al recibir a la persona que, por sus funciones, establecerá la convivencia necesaria para crear una comunidad de vida, a la cual él también se identificará. Es el canto del Cuerpo que recibe a su cabeza. De ahí, pues, la impresión de cierto formalismo cuando una asamblea acoge con el canto a un celebrante desconocido y desconectado de sus vidas, incapaz de poder expresar realmente las vivencias de las comunidades-células, origen de la comunidad eucarística. El problema del canto de entrada no es, pues, un problema de repertorio musical, sino un problema del celebrante.

La monición de entrada, reservada especialmente al sacerdote, debería ser este lazo de unión entre las vivencias que aportan los fieles y el sacerdote.

La letanía del Kyrie podría ser de nuevo, como en los primeros tiempos, el medio de expresión de los problemas. vivos de la comunidad escuchados atentamente por el sacerdote. Sólo así estará preparado para asumir su papel de representante en la colecta que establece una síntesis de lo hecho hasta ahora y unifica la comunidad en una misma experiencia de vida. Síntesis que no debe quedar a un puro nivel humano de mesianismo terrestre (deseo de una mayor justicia social, de bienestar económico, de paz...), sino que debe ser sobrepasada hasta llegar a establecer una convivencia fundamental entre la asamblea y el Señor. Ahí aparece ya el papel de mediador que tiene el celebrante, no de simple intermediario. Pues en efecto su misión es la de unir dos mundos de los que él mismo forma parte, no la de estar entre dos mundos totalmente ajeno a ambos. Y no podrá significar plenamente su pertenencia al mundo de Dios, sino a través de su pertenencia profunda y real al mundo de los hombres: tal es la ley del sacerdocio desde que Dios se ha manifestado en el hombre.

Celebrar la Palabra es convivir con ella

Después que la asamblea ha tomado conciencia de su unidad de experiencia humana y se siente convocada a una convivencia más radical con el Señor, los fieles son capaces de celebrar la Palabra.

El sacerdote ha de escuchar las lecturas como el menor de los fieles, ya que él no es el profesor que conoce toda la ciencia de Dios, sino que, al igual que los demás asistentes, ha de despertar su fe y recibir la experiencia divina proclamada en la Palabra, como antes recibió la experiencia humana de los fieles. Toda la tradición litúrgica nos dice que el papel del celebrante no es el de proclamar la Palabra de Dios, sino el de escucharla atentamente, para descubrir luego a la asamblea, en la homilía, la convivencia existente entre su experiencia humana de vida y el plan de Dios, revelado en Jesucristo. De ahí que el sacerdote, para evitar todo formalismo ¿ ejercer su papel de mediador, deba atender en la preparación de su homilía tanto a los exegetas como a los militantes de la parroquia.

La alegría que siente la asamblea al descubrir la estrecha convivencia que se ha establecido, después de la breve homilía (una al terminar cada lectura), entre su experiencia de vida y la Palabra de Dios, le lleva a expresarse con el salmo del gradual que es al mismo tiempo un grito de la pobreza humana y una oración de Cristo. Tal es la importancia de este canto: sintetizar y sobrepasar en una misma palabra a Cristo y a sus pobres, al Señor con su asamblea. La Eucaristía se dibuja y anuncia ya en este salmo de meditación. Y de nuevo aparece con claridad el papel mediador del sacerdote, que ha de considerar la catequesis de los salmos como una de sus tareas principales.

El encuentro de la asamblea con la Palabra de Dios se expresa después de la homilía del evangelio con la plegaria de los fieles. Los fieles, unidos a su Señor, se preocupan por las intenciones del Reino, que son las mismas intenciones de la humanidad pero en toda su plenitud.

La celebración del misterio eucarístico

El esfuerzo pastoral para lograr que el hombre de hoy una su experiencia de vida con el misterio de la Palabra revelada (evangelización) es todavía mayor cuando se trata de poner en contacto a la comunidad con el misterio celebrado (catequesis). La dificultad no reside tanto en el simbolismo del misterio eucarístico -el hombre de hoy es perfectamente capaz de entender el simbolismo del pan y el vino- como en la celebración, es decir, en despertar una convivencia esencial entre el Señor y la experiencia de vida personal.

La liturgia, en la celebración de la Palabra, nos ofrece -como vimos- una síntesis y al mismo tiempo una superación. ¿Cuál es la superación que nos ofrece la Eucaristía, a partir de la experiencia de vida de la comunidad y que convierte este misterio en una convivencia, en una verdadera celebración?

El contenido del misterio pascual -la muerte y resurrección de Cristo- no es tanto una serie de gestos sacrificiales representados simbólicamente, cuanto una serie de actitudes profundamente humanas (obediencia, amor, sufrimiento, don libre de sí mismo a Dios...). En el pan y vino eucarísticos no hemos de ver sólo un "sacramento" o un "sacrificio" -usando las distinciones teológicas-, sino al mismo Cristo en actitud humana que se ofrece a Dios y realiza con su oblación la Nueva Alianza entre Dios y su pueblo. Lo verdaderamente original en el sacrificio de Cristo es que está hecho de actitudes vitales, no de simples gestos rituales. Por consiguiente, no hay nada que impida una celebración, es decir, una convivencia entre Cristo y el cristiano: Jesucristo ofrece a su Padre el homenaje perfecto de un amor fiel hasta la muerte y el cristiano da gracias al Padre uniendo a este sacrificio su propia experiencia de vida, su búsqueda de obediencia y amor, su propio sufrimiento, en una palabra, su "sacrificio espiritual" (Rom 12,1).

El celebrante de la acción eucarística ha de hacer descubrir a los fieles -en la homilía y en una breve monición antes del Prefacio-, no sólo la presencia real de un Dios estático, sino la vida de Dios que se expresa a través de las experiencias de la vida humana; no sólo la presencia de Dios, sino la presencia de la Iglesia y en particular la de los fieles reunidos en asamblea, con sus experiencias vitales. Sólo así el sacerdote; será verdaderamente un mediador, capaz de presentar todo el pueblo a Dios y llevarlo hasta el misterio de comunión.

Conclusión

El futuro de nuestra pastoral litúrgica tiene una meta clara: solucionar, el problema de la relación entre experiencia de vida y rito, pues la celebración eucarística sólo adquiere pleno sentido en la confluencia de dos experiencias de vida: la del Señor en su Pascua y la de los cristianos en su testimonio cotidiano. Toda buena catequética litúrgica ha de proclamar a los fieles esta buena nueva de la celebración dominical.

Para lograrlo, conviene: a) revisar a fondo la teología de la misa (1) para sobrepasar el concepto jurídico o cultural del sacrificio de Cristo que tiende a "cosificar" la eucaristía, sin atender a su valor espiritual y vital; acentuar el hecho de que Cristo en la cruz nos ha revelado su divinidad a través de una experiencia profundamente humana de muerte y de vida; b) establecer comunidades-célula previas a la comunidad eucarística para que el

sacerdote pueda conocer a fondo la experiencia de vida de sus fieles y éstos sepan ya descubrir el valor sacrificial de su vida profana, basado en la convivencia única que une toda la vida del cristiano con el Señor; c) estudiar las relaciones entre lo sagrado y lo profano, que el "iturgista" tiene en muy poco respeto y donde el laico aprende a encontrar a Dios; esto desembocará a una revisión de nuestro simbolismo litúrgico para que el fiel pueda descubrir ahí . su experiencia de vida; d) respetar los signos "pre-sacramentales" de la vida humana: los valores esenciales de la comida, de la familia, del pan... que es preciso conectar con el rito litúrgico, aunque transcendidos por la presencia de Cristo; e) revisar, por último, nuestro mismo sacerdocio y penetrar más a fondo su realidad de mediador y celebrante.

Notas:

¹Jean Pierre Josua, O.P., en su artículo Quelle théologie de la Messe sous-tend notre catéchèse, de la misma revista, pp. 527-555, nos ofrece las siguientes conclusiones:

Tradujo y extractó: JOSÉ RICART